

hecho el somorgujo, el que se felicitaba de haber alcanzado esta revolucion, gracias á la cual iba á ser desembarazado de los sacerdotes, aquel mismo muere en las angustias de la hambre, en los estremos del terror, en las convulsiones de la desesperacion; y en una época en que los sacerdotes proscritos, aprisionados, asesinados, no podian llevarle sus poderosos consuelos, y aquellos socorros que su pérfida amistad habia rehusado á unos cómplices desengañados. Su suplicio empieza viéndose víctima de sus propias lecciones. Faccioso, es perseguido por otros facciosos: adulator del pueblo, es espuesto á los furoros populares: habíase lisongeadó en su delirio de ver prolongarse los términos de la vida humana¹, y no halla sino una muerte violenta y prematura; y cuando tantas otras víctimas de la tiranía llevan al cadalso el corage de la inocencia y la resignacion de la piedad, él rodeado de temores, atormentado de remordimientos, expia en largos tormentos su impotente odio contra el Dios que por tanto tiempo habia blasfemado.

¹ El dice en su *Bosquejo*, época décima, p. 382: « Debemos creer que esta duracion de la vida del hombre debe crecer sin cesar, si á ello no se oponen revoluciones físicas; pero ignoramos cuál es el término que ella no debe jamas pasar; ignorando tambien si las leyes generales de la naturaleza han determinado uno, mas allá del cual no pueda ya estenderse. » ¿ No es este el *nec plus ultra* del delirio filosófico? En sus ambiciosas y locas concepciones nos embauca con la esperanza de prolongar la vida humana, y ellos no han mostrado sino el espantoso arte de abreviar su carrera.

— El 27 de julio, caída de Robespierre. La tiranía habia llegado á su último periodo. El régimen mas despótico y bárbaro pesaba sobre toda la Francia. La convencion, dominada por un facineroso hipócrita y atroz, dictaba leyes horribles. Unos decretos *revolucionarios* organizaban el pillage y el asesinato. Las prisiones rebosaban en cautivos. Habíase inventado esta ley de los *sospechosos*, arma terrible en la mano de los dominadores, fuente segura y fecunda de delaciones, de pesquisas y de aprisionamientos. Habíase dado un decreto para prohibir á los conspiradores todo medio de defensa ante los tribunales, y llamaban conspiradores á aquellos que querian sacrificar. Los menores delitos eran castigados con la pena de muerte: ¿ qué digo? ¿ Habia necesidad aun de la apariencia de un delito para provocar la crueldad de los tiranos? Un gesto, una palabra, un suspiro hubieran bastado para ir al cadalso. Unos jueces *revolucionarios* condenaban cada dia en masa, sin instrucciones, sin procesos, sin pruebas, por crímenes imaginarios, por conjuraciones imposibles, individuos de toda edad y de toda condicion. Unos infelices que jamas se habian visto, eran acusados de haber tramado de concierto alguna conspiracion absurda. La vejez y la adolescencia eran envueltas en la misma proscripcion. Una reputacion honrosa, un mérito reconocido, una clase elevada eran otros tantos títulos de condenacion. La debilidad misma de un sexo ageno á las conmociones políticas, esta

flaqueza tan propia para desarmar la tiranía, no ponía al abrigo de los suplicios, y las mugeres ensangrentaron tambien los cadalsos. Cada dia veía París desfilar por sus calles un acompañamiento espantoso de víctimas amontonadas en carretas que iban á la muerte. Teníase complacencia en reunir en esta marcha fúnebre los amigos, los parientes y esposos, y en ofrecer á un tiempo todo género de tormentos. Las provincias no estaban menos ocupadas del terror. Habíanse establecido ejércitos revolucionarios, esto es hordas de bandidos, para ejecutar las órdenes de una comision feroz, saqueando y degollando. Algunos miembros de la convencion recorrian los departamentos *para exaltarlos y revolucionarlos*, porque habia sido necesario inventar palabras nuevas para causar horrores hasta entonces desconocidos, y el language pervertido como todo lo demas anunciaba por su caracter abatido ó feroz el de los que lo habian introducido. Bajo el nombre tan desgraciadamente famoso de *representantes del pueblo*, los diputados de la asamblea ejercian sobre el pueblo de las provincias una tiranía semejante á aquella bajo la cual gemia la capital. Ellos proscribian á los mas honrados ciudadanos, colocaban en los empleos á los mas malvados, y se disputaban entre sí á cual tomaria las medidas mas violentas, poblaria las cárceles de mas víctimas, y se haria aplaudir en la convencion por las resoluciones de mas vejacion, y por arengas mas groseramente redac-

tadas. Conocidos son los nombres de los Carrier, Lebon, Collot-d'Herbois..., nombres tan famosos por nuestros desastres. El primero hizo de Nantes un teatro de carnicería. A él se debe la infernal invencion de las barcas de válvula, que se llenaban de víctimas, á las que hacian hundirse en medio del Loira, mientras que los satélites colocados en las dos riberas estaban encargados de volver á sumergir en las aguas á los que se esforzaban á salvarse de este suplicio de un nuevo género. Al mismo tiempo Lebon, que estaba en comision en Arras, fatigaba el instrumento de muerte con multiplicadas ejecuciones. En Leon Collot-d'Herbois ponía en destruir una ciudad el celo que otros emplean en construirla, gastaba millones para derribar edificios, desplegaba contra las murallas una venganza insensata; pero otra mil veces mas horrible ejercia contra los desgraciados habitantes: para acabarlos mas fácilmente habia imaginado un método digno de tal monstruo; hacíalos poner en fila á la boca de un cañon, y se complacia en inmolarse de una vez una centena ó dos de ciudadanos. Tolon vió sus muros ensangrentados por los mismos horrores. Marsella, Burdeos, Orange, Rochefort, Rennes, Brest..... tuvieron tribunales revolucionarios, que rivalizaban en celo y crueldad con el de París, y ponian su gloria en hacer mas víctimas. En algunos departamentos se paseaba con pompa de ciudad en ciudad el instrumento fatal del suplicio, y siempre se señalaba su paso con ejecucio-

nes. En medio de tantos atentados la impiedad no olvidaba los ministros de la religion. Ya hemos visto inmolados cuatro obispos y un número considerable de eclesiásticos. M. de Saint-Simon, obispo de Agde, fué condenado á muerte por el tribunal revolucionario de París. M. de Breteuil, obispo de Montauban, pereció en las prisiones de Ruan. M. de Roquelaure, obispo de Senlis, estaba designado al hierro de los verdugos cuando cayó Robespierre. Los demas obispos que habian quedado en Francia se consumieron en las prisiones. Habíase decretado que los sacerdotes no deportados serian castigados con la muerte, y que sufririan igual pena los que los ocultasen. No habia pues necesidad para condenarlos ni de instruccion ni de formalidades: luego que estaba probado que uno era sacerdote, no podia escapar del cadalso. ¡Y esta ley bárbara fué ejecutada! ¡Y acaso no hay ciudad en donde no se haya visto correr la sangre de algunos eclesiásticos convencidos del crimen de *no haberse espatriado*, y en donde no hayan sido igualmente entregados á la muerte aquellos cuya piedad generosa les habian ofrecido un asilo! ¡Así es como esperaban aniquilar la religion, estérminando á sus ministros! ¡Los unos andaban errantes en tierras extranjeras, y sufrían la necesidad y todas las incomodidades del destierro: otros perecian de tropel en los calabozos ó en los barcos en que los habian hacinado; y los que habian procurado sustraerse del destierro ó de la prision eran

conducidos al suplicio por este crimen! ¿Quién podrá contar todos aquellos á quienes la barbarie de los perseguidores habia arrebatado por estas diferentes vias? ¿Quién podrá alabar dignamente tantos hombres valerosos que confesaron la fe delante de los jueces, los admiraron por su constancia, que las mas veces quisieron mas perecer que salvarse por una mentira, y que rogaron muriendo por sus verdugos? Religiosos y religiosas tuvieron tambien parte en estos combates sangrientos. En París diez y siete carmelitas de Compiègne fueron inmoladas en un mismo dia. Al mismo tiempo veinte y ocho religiosas de diferentes comunidades fueron sacrificadas en Orange. Representese en medio de estas escenas terribles el estado de la Francia el abatimiento, el duelo y la desolacion general, el horror y el temor que helaban todos los corazones: no se pensaba sino en ocultarse de la vista de todos; hasta las propias lágrimas se temian. La conmiseracion, sufocada por el terror, no osaba mostrarse. Al ver caer al rededor de sí sus parientes, sus amigos, se temblaba esperando igual suerte. Lo pasado, lo presente, lo venidero no presentaba sino ideas espantosas. Tal fué pues por espacio de cerca de dos años la deplorable situacion de un pais en otro tiempo tan floreciente, de un pueblo tan ufano de su civilizacion; tal fué el resultado de las nuevas luces que se le habian procurado; tal fué el feliz realce que tomaron esta perfectibilidad de que se nos habla todavía, esta

moral que se habia querido refundir, esta soberanía del pueblo, que jamas es otra que la del mas ambicioso ó del mas habil. Los autores de tantos atentados (observacion digna de anotarse) fueron al mismo tiempo los mas violentos perseguidores de la religion. Estos enemigos de la humanidad hicieron tambien una guerra implacable al cristianismo. Le es glorioso haber tenido por adversarios y por opresores á los que lo eran del género humano, y haber sido herido con los mismos golpes con que se queria derrocar todas las instituciones que hacen la felicidad del mundo; y estos mismos fueron los que anunciaron descaradamente en una proclama, *que la virtud y la justicia estaban á la orden del dia*. Esta era la espresion hipócrita de estos tiranos que hollaban toda justicia y toda virtud; pero ellos habian desnaturalizado el language, *llamando bien lo que era mal, y mal lo que era bien*; prodigaban el nombre de fanáticos á los que no participaban de su fanatismo, trasformaban la moderacion en vicio y la bondad en crimen; sobre todas las puertas hacian escribir *libertad, igualdad, y la esclavitud y despotismo* estaban en su colmo; hablaban de moral, y ellos la pervertian; rendian homenages á la Razon, y la ultrajaban con mil extravagancias. Despues de estas contradicciones no debió causar admiracion verlos declarar que *el pueblo francés reconocia el Ser supremo, y la inmortalidad del alma*. Para celebrar estas nuevas verdades se ordenó una fiesta;

la convencion en cuerpo asistió á ella el 8 de junio; en las puertas de los templos se pusieron inscripciones paganas; y el culto de la Razon fué reemplazado por otro no menos insensato. Robespierre sobrevivió poco á esta fiesta que él habia hecho decretar: su tiranía, que mas de una vez se habia hecho ya sentir de sus colegas, amendrentaba á los que conocian su caracter feroz. Temido de todos, fué de repente abandonado, perdió su poder, y llevó su cabeza á este mismo cadalso que él habia teñido con la sangre de tantas víctimas. Las circunstancias de su muerte llevan el sello de una venganza bien merecida: ya herido de muerte y padeciendo, quedó muchas horas sin socorro, y fué acompañado al suplicio de las imprecaciones de este pueblo en el que habia hecho tantos infelices. Muchos de sus cómplices perecieron con él. Su caída puso al menos un término á estas ejecuciones multiplicadas que fatigaban las manos de los verdugos. La convencion pareció volver poco á poco á un régimen menos cruel: insensiblemente hicieron salir de las prisiones una muchedumbre de ciudadanos que allí esperaba su última hora; cometiéronse menos injusticias, pero se repararon pocas: dejaron subsistir casi todo este cúmulo de leyes atroces producidas por el despotismo y la impiedad: la religion continuó gimiendo en la proscripcion, y sus ministros no vieron abrirse tan pronto los calabozos en donde se iban consumiendo, y de los que se habia